

RESEÑA



LA QUERRELLA DE REALIDAD Y REALISMO. ENSAYOS SOBRE LITERATURA CHILENA

Ángel Rama. Presentación y notas
de Hugo Herrera Pardo
Santiago: Mímesis, 2018
284 páginas

Por CLAUDIO GUERRERO VALENZUELA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO (Chile)
cmguerrev@gmail.com

¿Cómo leería Rama a la generación actual de escritores? ¿Qué canon conformaría y cómo se movería el existente bajo su juicio crítico? Y, sobre todo, ¿qué concepto de literatura manejaría hoy, en una época invadida por la globalización, el giro visual o las tecnologías digitales? Estas son algunas de las posibles especulaciones que derivan de la lectura de este valioso libro que reúne, en un solo tomo, toda la producción crítica sobre literatura chilena que realizara el gran crítico uruguayo Ángel Rama (1926-1983), hasta poco antes de su trágica muerte en un accidente aéreo.

La recopilación la realiza un estudioso de su obra, Hugo Herrera Pardo, quien basándose en la lista de mil cuatrocientos trabajos que configurarían la obra completa de Rama y que consignaran Álvaro Ramos-Lémez y Carina Blixen en *Cronología y Bibliografía de Ángel Rama* (1986), extrajo aquellos que hablaban exclusivamente de autores y obras nacionales. El resultado son 42 textos escritos entre 1954 y 1981, en su mayoría reseñas y breves notas críticas, desperdigados en diversos medios de prensa —principalmente en el emblemático semanario *Marcha* de Uruguay, donde Rama fue director por casi una década— y que, reunidos en un único volumen, entregan no sólo las opiniones divergentes de un crítico literario sobre una literatura nacional específica, sino que proyectan la evolución de un trabajo crítico desde un joven Rama actor y dramaturgo, interesado en la creación de novelas, hasta uno ya consolidado como una de las principales voces del pensamiento crítico latinoamericano.

El conjunto viene ordenado por un prólogo a cargo del editor, titulado “Otra vez la utopía, otra vez... (en el invierno de nuestro desconsuelo neoliberal)”, el cual entrega un documentado marco interpretativo para comprender las operaciones de lectura que lleva a cabo Rama, y, cuatro capítulos ordenados por género literario: “Nueve voces de la narrativa chilena. Reseñas y reseñas” —dedicados a comentar obras de José Donoso, Manuel Rojas, Carlos Droguett, José Santos González Vera, Marta Brunet, Marta Jara, Alejandro Jodorowsky y Alfonso Alcalde—; “Una literatura en ignición. Notas sobre crítica”, dedicados a sopesar el modo de hacer crítica literaria imperante en la primera mitad del siglo XX, donde Ricardo Latcham es uno de los pocos en salvarse de su ojo escrutinador, además de tres significativos ensayos dedicados a la llamada generación del 50; “Pablo Neruda, Pablo de Rokha y Violeta Parra. Intervenciones sobre poesía”, en donde la crítica al Neruda post *Canto general* resulta demoledora; y “La causa del teatro. Sobre artes escénicas de medio siglo”, con trece textos dedicados a comentar diversas presentaciones de agrupaciones chilenas en Montevideo, a cargo del Ballet Nacional Chileno, el Teatro de la Universidad de Concepción, el Teatro Nacional de Chile o la Escuela de Arte Dramático de Chile. Visto en conjunto, el resultado es novedoso y sorprendente. No sólo porque, como diría Roberto Careaga en el suplemento *Artes y Letras* de *El Mercurio* el 25 de noviembre de 2018, la voracidad lectora de Rama fue tal que su conocimiento de la literatura chilena daba la ilusión de que viviera en Chile, sino que también porque como lectores asistimos a ese proceso vital que experimenta Rama de ver su contemporaneidad con una distancia que pocos intelectuales latinoamericanos pueden mostrar con el grado de maestría expresado por las modulaciones críticas del uruguayo.

En una época donde grandes ensayistas como el Roland Barthes de las *Mitologías* (1957) o un más silencioso y acotado Martín Cerda llamaban a leer la realidad, la literatura y los mensajes de los medios de comunicación masivos bajo la lógica de la sospecha y desde una poética que reconstruye los escombros de la sociedad moderna, Ángel Rama emprende una misión crítica enorme, un “torrentoso cauce” (11) ensayístico, diría Herrera, una tarea cuantiosa que evoluciona de manera notable tratando de articular aquello que denomina ‘la querrela de realidad y realismo’, esa “disyunción fundante” (28) que habría que trascender y revelar y que se constituiría como “uno de los trabajos de la literatura” (31).

No existe arte que no sea realista, dice el filósofo francés Roger Garaudy. Y bajo esa premisa, Rama se va a interesar especialmente por aquellos escritores (como González Vera, Alcalde, Brunet o Jara) en cuyas obras lo real se deja ver tras la letra, producto o debido a una autenticidad de la experiencia —aquello de verídico, honesto y genuino que detona la escritura— y que sería el motor de una literatura ‘verdadera’, cuando el lenguaje literario revela de manera prístina una relación directa con la realidad. Ese proceso, ese desplazamiento del texto a lo real, y que en Rama se expresa en las múltiples modulaciones del prefijo *trans* (trasvasamiento, transmutación, transculturación, transposición, traducción, trasuntar, transformación, traslación), vendría a constituirse como uno de los

principales objetos críticos de la ensayística ramiana y, en cierto modo, en su metodología. Una poética del ajuste que posibilitaría, entre otras cosas, celebrar la autenticidad literaria de un De Rokha, una Violeta Parra o, como lo expresa en “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana” (1974), de un José María Arguedas, y desenmascarar la “irritante”, la “desenfrenada egolatría”, la “demagogia barata” y “tanta hojarasca” (192) del Neruda que sigue al *Canto general* y que había hecho afirmar al propio Rama de que estábamos en presencia del mayor poeta de la lengua española, un Neruda que a partir de los años cincuenta comienza a tener, a decir del uruguayo, no tanto un compromiso con la poesía sino que con la propia exaltación biográfica. Ajustes y desajustes de la realidad, comprensión y sopesamiento de aquellas estéticas más cerca o más lejos de una experiencia vital que Rama defiende como ‘verdadera’. De ahí, también, que un José Donoso le resulte fatigoso y enrevesado, mientras una Marta Brunet o un Alfonso Alcalde rebocen de vitalidad e interés literario. Su lectura, por tanto, obliga a repensar el canon y se erige como una lección de trabajo crítico, que tiene siempre como norte el interés por la suma artística y “el esquema significativo de lo humano” (36).

El sistemático análisis que Rama le dedica a la producción literaria de la generación del cincuenta resulta de particular interés. Esta promoción de escritores que irrumpe en el campo literario chileno con diversas polémicas es seguida por Rama de manera obsesiva y cabal, apropiándose críticamente de todas sus producciones para construir, desde allí, un juicio. No es menor este interés por el polvo que levantan un grupo de jóvenes escritores chilenos como, por ejemplo, Claudio Giaconí. Esta generación es, también, la propia generación de Rama. Leerlos a ellos es leerse a sí mismo. Es ayudar a comprender su tiempo, el propio tiempo: un medio siglo cambiante, hijo de la educación pública y del ascenso de una clase media ilustrada. El arte de polemizar se constituye, por tanto, como una de las expresiones centrales de la batalla que ayudaría a dilucidar ‘la querella entre realidad y realismo’. Mal que mal, los reportes que hace de la literatura chilena del periodo los grafica a partir de imágenes significativas y contundentes: “Terremoto en la literatura chilena” (1964) se llama el conjunto de tres entregas en el semanario *Marcha* destinados a discutir sobre la última década de esta “literatura en ignición” (139). Bajo esa mirada, su pensamiento se vuelve cada vez más claro, cada vez más puntilloso, cada vez más político.

Apreciamos en esta seguidilla de entregas, y en especial en todo el capítulo dedicado a la crítica literaria, a un metódico ‘lectógrafo’ que ya emprendió un trabajo crítico acabado, que ya tomó la decisión de centrarse en este ejercicio por sobre la creación literaria o las artes escénicas, para ocupar el lugar que advierte está vacío en el campo de la crítica latinoamericana. Esto resulta muy palpable en los análisis y comentarios críticos de los trabajos de un Alone o un Fernando Alegría. El 22 de abril de 1960 en “La novela y la crítica”, Rama señalaba: “Estamos aún muy lejos de contar con un material crítico orgánico, inteligente y adulto, sobre la narrativa americana” (117), para luego lamentar la todavía sorprendente falta de atrevimiento crítico: “Todavía

no existe una crítica literaria mínimamente sensata y esclarecida” (121). Al libro que Fernando Alegría publicara en México en 1959, *Breve historia de la novela hispanoamericana*, le reprocha, por ejemplo, “la escasa participación intelectual del autor en los materiales que trabaja” (125), y que no reordena un pasado “en base a su propia pasión del arte o a la de una comunidad ideológica” (125). Con Raúl Silva Castro y su *Panorama literario de Chile* (1961) será aun más tajante: “Es este el modelo de crítica literaria que no debe hacerse” (126).

En suma, uno de los grandes méritos de este libro es que expone de manera ejemplar, en tanto muestra o corte tangencial, entendiéndose por este esquema compartimentado el sistema de la literatura chilena, el proceso de conversión de Rama en crítico, su toma de posición, haciéndonos testigos de su paulatina evolución en tres décadas de ejercicio crítico, sus distintos modos de leer y sus distintas modulaciones críticas hacia una visión cada vez más compleja de la realidad latinoamericana. Chile es el estudio de casos. Chile y su literatura. Su realismo y su realidad. Ese modo de ser en un territorio “tan angosto —dice Rama— que a cada rato los habitantes se caen fuera” (174).

El libro se compone de columnas que simulan la estructura periodística y de una iconografía propia de los medios originales de publicación, avisos publicitarios y recortes de noticias asociadas a los textos, así como de extractos pertinentes del *Diario* de Rama que permiten dialogar con los textos que conforman el volumen. Esta “materialidad” hace de *La querella de realidad y realismo* (2018) una lectura refrescante y necesaria para recordarnos cómo vida y literatura no pueden jamás separarse, por más que las aguas del neoliberalismo lleven sus cauces hacia la producción tecnificada y estandarizada, impersonal, de la actividad intelectual de hoy.